

Recuerdo de Ignacio Sánchez Mejías

JOSÉ BELLO

Conocí a Ignacio Sánchez Mejías gracias a Rafael Alberti en el Palace Hotel de Madrid, en la primavera de 1927. Acababa de dejar los toros —sólo toreó una vez más ese año, que fue el de su retirada. Él, que había sido un hombre en constante movimiento, como todos los toreros... se trasladó a Madrid lleno de inquietudes y preocupaciones intelectuales, ansioso por conocer a aquella generación, viva y bullidora, que más tarde se conocería como del 27. Alberti le introdujo a todos ello: a García Lorca, a Dámaso Alonso, a Gerardo Diego, a Pedro Salinas... un día o dos antes de presentármelo a mí. En seguida nos hicimos amigos. Ignacio tenía una enorme atracción personal: era muy inteligente, muy cordial y tenía una presencia física que entraba por los ojos y por los sentidos de hombre simpático, arrogante, amable y elegante.

Recuerdo perfectamente que Rafael me presentó como si yo fuera catedrático de Matemáticas y Sánchez Mejías me preguntó entonces que en dónde. A mí se me hacía cuesta arriba seguir la broma, pero, en fin, la seguí unos momentos y le dije que en el Instituto, así que inmediatamente me pidió que recomendara al hijo de su íntimo amigo que se tenía que examinar. Su amigo era Gregorio Corrochano y su hijo era Alfredito, el que luego fue torero. Cuando le descubrimos el engaño, me miró muy serio y me preguntó que qué «gracia» tenía con él para gastarle esa broma. Luego se levantó y me dio un abrazo riéndose. Desde ese momento nos hicimos fraternales amigos.

Ignacio alternó con intelectuales porque él mismo lo era. Su amistad con Federico García Lorca resulta emblemática. Humanamente eran opuestos, pero les hermanaban su vertiente intelectual y su inquietud literaria. A Ignacio le hacía mucha gracia la simpatía arrebatadora de Lorca y Federico sentía una enorme admiración por Ignacio, por su sensibilidad y bonhomía. Vivía rodeado de escritores, de poetas. Leía mucho, generalmente poesía y

En 1928 fui a vivir a Sevilla y pasé largas temporadas en su cortijo de Pino Montano.

Hablábamos de todo, de lo divino y lo humano, de literatura, de los amigos de Madrid, de amores.

Ignacio tenía muchos amigos en Sevilla, pero no se prodigaba.

libros de pensamiento y tenía una enorme sensibilidad para la literatura; estrenó, como todo el mundo sabe, tres obras de teatro, que tuvieron, lo recuerdo muy bien, un éxito considerable y era también un poeta estimable. De su obra «Sinrazón», que estrenó en Madrid la compañía Guerrero-Mendoza, se dijo que era la obra más importante que se había estrenado en España en lo que iba de siglo, exagerando quizá. «Zaya» se estrenó en Santander: una tarde toreó y esa misma noche con asistencia de los Reyes, se estrenó la obra. El argumento de «Zaya» refleja uno de sus más íntimos dramas personales: su hijo quería ser torero a toda costa.

En 1928 fui a vivir a Sevilla, por cuestiones profesionales, e intimé con toda su familia, con sus hijos, sus sobrinos, sus hermanos, cuñados; viví largas temporadas en «Pino Montano», un cortijo muy hermoso en las afueras de la ciudad.

Hablábamos de todo, de lo divino y lo humano, muchísimo de literatura, de los amigos de Madrid, de la vida normal y corriente, de amores. Ignacio tenía muchos amigos en Sevilla pero no se prodigaba. Le gustaba mucho el campo y llevaba una vida más bien retirada. En realidad, sólo cenaba alguna vez en Sevilla o tomaba una copa en una tertulia que frecuentábamos al mediodía. También seguía viniendo a Madrid todas las semanas, para ver a la Argentinita. Recuerdo ahora al torero que fue y el dato curioso de que después de retirarse no asistió a ninguna corrida. Nunca. Como aficionado, sentía devoción por su cuñado, su maestro, su amigo. Aprendió el arte taurino con él, estuvo en su cuadrilla como banderillero y le admiraba muchísimo, personal y profesionalmente.

Cuando llegó la República, el partido republicano de Alcalá Zamora le nombró presidente de la Cruz Roja de Sevilla. Donde quiera que entraba, Ignacio no pasaba nunca desapercibido, hacía cosas «por encima del pelo». Removió y saneó totalmente la Cruz Roja de Sevilla. También fue presidente del Real Betis. Jamás conseguí que fuera conmigo a ver una corrida de toros, pero él tampoco consiguió que yo fuera a ver ningún partido de fútbol. Cogió al Betis, que estaba en segunda división, lo tuvo algo más de un año en sus manos y lo dejó en primera división y vicecampeón de España. Y en 1933 me dio el gran disgusto: una tarde dijo que iba a volver a torear. Sentí un pesar horroroso, porque Ignacio estaba ya muy mayor. Tenía cuarenta y dos años y había sufrido una ciática. Regresó a los toros por una cuestión crematística. Él tenía «muy buen pasar», porque había ganado mucho dinero como torero. Pero, como escribió García Lorca, «no hubo un príncipe en Sevilla / que comparársele pueda». Ignacio era una esplendidez ejemplar, de una generosidad absoluta, extraordinariamente obsequioso con todo el mundo. Traté, por todos los medios a mi alcance, de disuadirle. Como me quería mucho, sabía la pena que me causaba su decisión y me aseguraba que sólo era cuestión de unos años, de redondearse económicamente. Hasta que lo vi totalmente decidido y no quise ser una remora: el amigo entrañable que yo era no le iba a amargar ese momento. Había que animarle, lo necesitaba. Y lo hice.

Estuvo preparándose un año escaso pero, aunque hacía mucho deporte, no

estaba en condiciones. En una pierna en la que había sufrido una cogida gravísima en su anterior etapa de torero le quedó como lesión una ciática que periódicamente empeoraba. En Madrid lo examinó un especialista, un traumatólogo, y como Ignacio era tan extremoso en todo, se pasó de tratamiento. Volvió con una cara malísima. Un médico amigo mío me contó una anécdota muy significativa sobre aquella etapa: en la clínica donde se iba a dar corrientes para curar su ciática, Ignacio se echaba en una cama. El médico ponía los mandos y se iba a la consulta porque Ignacio tenía que pasar veinte minutos acostado recibiendo el tratamiento. Y entonces se levantaba y duplicaba las descargas, sin saber si aquello era perjudicial. Reapareció en Cádiz, en Julio de 1934, y yo le acompañé. Por la mañana bajamos a la playa, en donde estuvimos hasta la hora de comer. No se baño, por precaución; yo sí. Recuerdo que nos fuimos lejos de la gente, a un extremo de la playa. Hizo una raya en el suelo y me retó a correr hacia unas rocas. Cuando llegué, él todavía iba por la mitad, así me comentó que yo estaba «muy ligero» y comprendí que había hecho mal en emplearme a fondo, que aquello le afectaba demasiado.

Compartíamos la misma habitación del hotel. Recuerdo el enorme bullicio que había y cómo Ignacio repartía entradas a todos los conocidos. Al final, vino no sé quién diciendo que se había quedado sin entrada. No nos quedaba ninguna, así que Ignacio me pidió que diera mi localidad. Al fin nos quedamos solos en la habitación y cogimos un taxi, él, su mozo de estoques y yo, para ir a la plaza. Entramos por la puerta de los toreros y el empleado que había en la puerta le preguntó quien era yo. Ignacio replicó que yo era su apoderado. Pero el portero se negaba a dejarme pasar sin ver mi documentación. Y entonces tuvo una salida muy suya: se negó a entrar sin mí. Naturalmente, nos dejó pasar, muy irritado. En aquella primera tarde, tras su regreso, demostró una vez más su valor. Recibió a su primer toro de rodillas, delante de chiqueros, como si fuera un novillerete de diecinueve años. Tuvo una tarde espléndida. Sin embargo, aún recuerdo su cara, que era malísima. Cada vez que se acercaba a la barrera desde la que yo contemplaba la corrida, casi le suplicaba que no se arriesgara más. Parecía agotado, estaba ojeroso, como una persona que se fatiga por falta de salud. A pesar de su enorme fortaleza física, no estaba en forma. Poco después, en uno de los funerales que se oficiaron en Sevilla en memoria suya, el mismo Juan Belmonte me comentó que lo que le había pasado a Ignacio era que se había pasado de entrenamiento, que se había «quemado». Después de Cádiz, toreó muy poco: San Sebastián, Santander, La Coruña, Huesca y Manzanares, su última corrida, en el mes de agosto. Ignacio toreó el 10 de agosto en Huesca, mi pueblo. No le vi. Después de la corrida me llamó por teléfono. «¿Qué, qué tal?», le pregunté. «Muy bien. Aquí estoy con los borricos de tus paisanos» dijo. Fue la última vez que hable con él. Estando en Huesca le llamó la empresa de la plaza de Manzanares preguntándole si tenía inconveniente en torear el día siguiente en Manzanares, porque Domingo Ortega, que estaba contratado para torear, había tenido un accidente de automóvil. Ignacio aceptó.

Murió el 13 de agosto, lunes. La cogida fue el sábado. Yo me había ido a pasar el fin de semana a Rota, con unos amigos míos. En el momento de marcharme de Sevilla, el domingo, me enteré de la cogida de Ignacio. Fue horroroso, me puse al habla con su mujer inmediatamente y me tranquilizó

diciendo que había hablado con él por teléfono, que la cogida no era tan grave como decían y que lo habían trasladado a Madrid. Al día siguiente, en la playa de Rota, por la mañana, unos amigos que venían de Sevilla me preguntaron «por lo de Ignacio.» Les comenté lo que me había dicho su familia pero ellos me insistieron de la enorme gravedad de la herida del torero. En realidad, ellos venían de Sevilla y ya lo sabían, sabían que Ignacio había muerto. Pero no me lo querían decir porque sabían que para mí era como de la familia. Al cabo, otros amigos me hablaron también de la gravedad del estado de mi amigo.

Hacia un calor sofocante y el ambiente se iba tornando cada vez más angustioso. Intenté convencerme de que mis amigos no sabían nada y que, como no había periódico el lunes, sólo era un bulo, pero los rumores eran demasiado persistentes. Tal vez estuviera realmente grave. Me subí al pueblo pero no sabía a quién llamar. Sólo era un amigo, así que en el sanatorio no iban a hacerme ni caso. Al final, decidí llamar a Encarna, La Argentinita. Le pregunté por «esos bulos» y me contesto que había muerto esa misma mañana a las diez. Se echó a llorar y me colgó el teléfono. Me quedé desolado. Enseguida busque un coche para ir a Madrid. Un amigo mío me llevó a Sevilla. Me puse al habla con la familia. Fui a su casa y me dijeron que no fuera a Madrid porque «dentro de un rato sale en el Expreso, en un furgón, el cadáver». Con otros amigos de Sevilla nos fuimos en coche a Córdoba. Allí esperamos al tren. Nos subimos en el que traía el cadáver y acompañé a su hijo José Ignacio hasta Sevilla.

Antonio Garrigues Díaz-Cañabate, que es hombre ponderado, de mente clara y nada apasionado, afirma con frecuencia que Ignacio Sánchez Mejías es, probablemente, la persona más inteligente que ha conocido en su vida. Tenía un poder de inteligencia... extraordinario. Era un personaje casi irrepitible, como irrepitible resulta un individuo con esa fuerza de la naturaleza, ese arrebatado, ese gancho, ese tremendo dominio de la gente. Como le acompañaba su tipo y su fortaleza física y su presencia, pisaba fuerte porque podía. Tenía una conversación arrebatadora, un empuje físico enorme, lo tenía todo para ser un triunfador. Cuando murió, todos reconocíamos su valía, como torero y como persona. Como torero debo admitir que nunca me interesó gran cosa. Pero el recuerdo de su personalidad, de su talento y su amistad; eso, su extraordinaria capacidad de amistad, aún me fascina.

